

que el yo privado fundamentalmente *desea poseer todo*; pero que se encuentra limitado, no meramente por las fuerzas físicas, sino por su sensibilidad á la crítica y á las aseveraciones contrarias de toda clase, y por ese sentido de la complejidad de las cosas correlativas con su tendencia á la dominación universal. Esta limitación múltiple conduce, por los caminos que Hegel menciona de ordinario en las explicaciones tan generales como las vuestras, pero que son las mismas que seguís, á la presión moral de sí mismo. Pero vuestra teoría insiste sobre que el yo mismo, en sus deseos privados, desea no solo poseerlo todo, sino *imitarlo todo*, lo que implica una explicación de los fenómenos de la sensibilidad social, lo que sale de la teoría de Hegel. Porque sus principios son especiales y los vuestros y los de Tarde son muy generales». (Extracto de una carta privada.)

II. Nota á la secc. 86.—Pienso, sin embargo, en contra del Prof. Mezes, que discute el asunto con gran autoridad («Las diferencias esenciales entre el hombre y los demás animales», leído ante la Academia de Ciencias de Texas, 6 de Mayo de 1898), que la volición, tal como se manifiesta en la «imitación persistente», puede encontrarse en algunos animales (v. gr., el perro, en el caso que cita de mi *Mental Development: Methods and processes*, pág. 386) sin alcanzar la organización suficiente para que el yo sea «reflexivo.»

III. Nota á la sección 136.—Es posible que el «flujo asociado á otros signos físicos haya desempeñado cierto papel, como una indicación importante en relación con la selección sexual. Esto coincidiría con la sugestión de Groos sobre la utilidad del pudor en la hembra. Si esto se demostrase, resultaría la operación de la selección sexual en cierto modo recíproca, entre ambos sexos, en vez de unilateral, como generalmente se la cree. Algo de esto aparece en el encanto que para el sexo opuesto se atribuye al rubor, aun ahora, en la vida humana.

APÉNDICE K

I. Interpretaciones sociales (1); réplica al Profesor Tufts.

Las interesantes observaciones hechas por el Profesor Tufts en su excelente noticia de mi libro, sobre *Las interpretaciones sociales y éticas*, en el último número de su revista, deberían tener un mayor desarrollo. Encuentro difícil, en efecto, la seguridad de que las afirmaciones condensadas del Profesor Tufts expresen exactamente el alcance de su crítica; y de aquí que yo, en la ocasión presente, haga una ó dos observaciones generales.

Primeramente al examinar el yo «general» é «ideal», que él piensa no están bastante claramente definidos en mi libro, pregunta (pág. 318): «El yo social ó general ¿es un producto de la dialéctica, de tal modo que el *ego* y el *alter* deban entrar en él y convertirse en elementos de él, ó se concibe puramente como el material en bruto é indiferenciado del cual se forman el *ego* y el *alter*, pero que no contiene á estos últimos? Y añade: «Quizá la nota de la pág. 266 (primera edición) significa que ambas alternativas son ciertas y representan fases sucesivas en el desarrollo del yo social».

En contestación á la pregunta, diré que la suposición del Profesor Tufts referente á la nota de la sección 170, es perfectamente exacta; la nota fué añadida para dar á entender que las frases alternativamente usadas en el texto («general» é

(1) De *The Psychological Review*, Julio, 1898.

«ideal»), se referían al mismo contenido considerado desde dos puntos de vista, lo «indiferenciado» por una parte, y el producto de la dialéctica en que entran el *ego* y el *alter*, por otra. El primero, es el yo «ideal», considerado como de un valor proyectivo, un algo superior no realizado en la actual experiencia personal. El segundo, es el yo general, el que contiene lo común al *ego* y al *alter* en cualquier grado particular del progreso de la dialéctica de la evolución personal. Esto último es el que yo entiendo por yo «social», cuando hablo de él como de un pensamiento organizado. El yo general es siempre «social». También lo es el yo «ideal» considerado en su contenido actual, que es, como ya he dicho, el contenido del yo general; pero en cuanto es ideal descansa en un algo superior proyectivo que todavía no está organizado en la experiencia. En una palabra, el «yo social» es á la vez un yo «general», y por la continuidad de la dialéctica el conductor de los valores «ideales». La significación y la peculiaridad de lo «proyectivo»—y esto me obliga á adoptar la palabra,—es la que da el sentido de valor que forma la avanzada en toda la evolución actual de lo «general».

Por esto me asombra que el Profesor Tufts llegue á decir que no hago justicia á los «conceptos de valor». Toda la discusión acerca del origen del juicio social á que están destinados los primeros capítulos del libro conduce á la determinación social de los valores éticos. Los juicios sociales acerca del valor son lo más importante en toda aquella parte. El reconocimiento de la aprobación social, del criterio social, etc., es uno de los aspectos distintivos de mi obra. Sostengo que, lo mismo el niño que el genio, el informador moral que el propagandista social, están sujetos á los patrones sociales del valor. Temo que en esto—si lo entiendo—el Profesor Tufts haya confundido el bosque con los árboles. Probablemente el Profesor Tufts considera lo que yo he dicho sobre la sugestión en este asunto, exclusivamente bajo el título de «ley y autoridad»; pero esto no es exacto.

En las observaciones acerca de la ausencia del elemento

«valor» en los casos de deseo espontáneo y de sanción ética creo que, en efecto, hay una diferencia real entre la opinión del Profesor Tufts y la mía, diferencia en la cual no puedo entrar ahora. Parte de ella se debe probablemente al distinto uso de la palabra «fin».

Respecto á lo que yo he llamado «timidez reflexiva», estoy convencido, por diversos informes de corresponsales, de que en mis hijos se desarrolló antes que en la mayoría. En las nuevas ediciones de mis dos obras digo «á los tres años ó más», en vez de «al segundo ó tercer año», cuando describo esa época. Como esta «timidez reflexiva» es la que después se convierte en modestia consciente, su existencia, más temprana ó más tardía, no admite duda. El punto en que más luz se necesita, es el de la existencia de un período intermedio de relativa confianza—que mis dos hijos mostraron—entre la primera y la segunda manifestación de timidez (1).

Para concluir, debo dar gracias al Profesor Tufts por el sutil cumplimiento contenido en estas palabras: «Pero estoy convencido de que pocos niños se desarrollan en una atmósfera moral tan favorable, como la de los niños observados por el autor!»—á menos que no lo eche á perder diciendo que ignoraba que los niños observados fuesen los míos!

II. Interpretaciones sociales: réplica al Profesor Dewey (2).

La revista de mi obra por mi amigo el Profesor Dewey, en el número de Julio de su *Review*, es digna de recordarse, tanto por su discusión minuciosa, como porque, en cierto modo, no llega á ver mi punto de vista. A consecuencia de esta especie de falso concepto, las críticas detalladas pierden lo que de instructivo deberían tener, y á la vez, debo decirlo, algo de su oportunidad. Esto es lo que voy á demostrar. En efecto, el

(1) Los informes que me acaban de enviar (1901) algunos corresponsales, confirman también mis observaciones acerca de este punto.

(2) De la *Philosophical Review*, Noviembre de 1898.

Profesor Dewey ha tomado una arista de mi armadura por una juntura, y apuntando á ella, pienso yo, ha gastado en vano gran parte de sus municiones (1).

Hay dos cosas esencialmente indispensables para la inteligencia de mi libro: 1) debe tenerse entendido que mi método es *genético*, y 2) que los resultados no pasan de ser generalizaciones empíricas, como sucede en toda ciencia genética, y no explicaciones metafísicas. No trato de decir lo que el individuo ó la sociedad sean, ni cómo son posibles el uno ó la otra; lo único que trato de decir es, cuál sea la ley de su evolución, y por qué relación de hecho ó de dependencia mutua se produce esta ley de la evolución. Fácil es demostrar que el Profesor Dewey no cumple ninguna de estas dos condiciones esenciales. Empezaré por la segunda de ellas, puesto que el gran «círculo» de contradicciones que encuentra desde un principio da la idea del olvido de ambas condiciones.

Dice el Profesor Dewey, que yo soy culpable de un bello círculo de armamentos, que él mismo confiesa que yo he expuesto «con precisión en la siguiente nota (2).» «No veo, en una palabra, cómo la personalidad de este niño pueda expresarse en otros términos que los sociales; ni cómo, por

(1) El artículo del Profesor Dewey, sobre mi libro, en el *New World* (Septiembre de 1898), puede contarse en el mismo caso; lo encuentro algo más conforme con mi punto de vista. Al principio de esta obra (Prefacio á esta edición) aludo á un artículo del Profesor Caldwell, que responde á algunas de las críticas del Profesor Dewey. Espero, en el caso de que él ó el lector encuentren en esta réplica algo que no sea un cambio de impresiones amistosamente social, que se permita á mis excusas anticiparse á su censura.

(2) El que haya leído la revista del Profesor Dewey, habrá advertido que cada vez que expone una «contradicción», dice: «Como de costumbre, Mr. Baldwin repite todo esto en otro lugar» (página 403 de su artículo; las referencias á páginas son á las de su artículo, á menos que se indique otra cosa. Véase también págs. 400 y 409). Mi respuesta se abrevia mucho por el hecho de que ya me he anticipado á todas las objeciones del Profesor Dewey. Son cosas que el punto de vista genético, tal como el que supone mi «dialéctica de la evolución», no solo las reconocen, sino que hasta descansan sobre ellas.

otra parte, los términos sociales puedan obtener ningún valor fuera del conocimiento del desenvolvimiento. Esto es, evidentemente, un círculo de definición, *pero precisamente ese es mi punto de vista*. Por una parte, no podemos establecer una doctrina de la sociedad sino mediante la psicología del *Socius* con toda su historia natural; y por otra, no podemos obtener ninguna idea exacta del *socius*, en ningún momento, sin describir las condiciones sociales en que normalmente vive, con la historia de su acción y reacción sobre él». (*Soc. Int.*, página 21.) El Profesor Dewey llega á decir que este «reconocimiento del círculo acredita el candor de su autor, pero no deshace la contradicción» (pág. 401).

Recogiendo la afirmación del Profesor Dewey de que esta cita expresa con precisión su punto de vista (cosa de que en otro caso no estaría yo muy seguro, aun después de sus explicaciones), es evidente su completo olvido de la teoría de mi libro. He subrayado dos frases en la cita, cada una de las cuales contiene uno de los dos puntos esenciales á que acabo de referirme. La frase—*pero precisamente ese es mi punto de vista*—y el libro sería completamente inútil si este punto de vista no quedara bien establecido—da á entender que no se trata de un «círculo» lógico, sino de un círculo *material*. Lejos de caer en un círculo lógico, ese proceso circular material de acción mutua es el objeto constante de mis razonamientos. La evolución del sentido de la personalidad (en cuanto personalidad) constituye para mí un objeto importante de absorción social y de interpretación eyectiva (1).—

(1) ¡Imitativa! á pesar del miedo que el Profesor Dewey tiene á esta palabra (pág. 402, nota). Creo que la mayor parte de los lectores entenderán fácilmente lo que significa «leer uno imitativamente en los demás», aun cuando esta sea una expresión del Profesor Dewey, no mía. Significa concebir á los demás por el mismo contenido que constituye la idea del yo, con las actitudes imitativas que este proceso supone. Si yo obtengo la idea de mi yo imitando á los demás, puedo reproducir esa idea como yo ó como otro con solo volver á adoptar las actitudes imitativas. Véase lo que se dice después de lo «general» como actitud motora. (Véase también el nuevo capítulo XIII, añadido á esta edición.)

un círculo completo de hecho. Y según este verdadero círculo de hechos considerado desde el punto de vista objetivo, la sociedad está constituida por sus vínculos de publicidad, etc. Valerse de un punto de vista para examinar un proceso que por su misma naturaleza ofrece dos aspectos, no es argumentar el círculo. Es un intento para establecer algo material (1).

La crítica «fundamental» del Profesor Dewey, con muchas de sus aplicaciones, cae por su propio peso con este punto de vista. Suponiendo que el círculo es lógico, me atribuye la distinción entre la sociedad y el individuo que semejante sofisma presupone. En otras palabras, yo resulto un individualista, puesto que admito á los individuos independientes de la sociedad y ésta de los individuos, y cometo el sofisma de definir á cada uno empleando al otro como término. Nada es, en realidad, más ajeno á mi posición. Jamás he admitido tal individuo ni le he negado sociabilidad; jamás he supuesto la sociedad separada de los individuos sociales; jamás he dejado de protestar precisamente contra esas suposiciones. El pasaje que el Profesor Dewey cita como una demostración «aún más explícita» de la «negación de sociabilidad al indi-

(1) Los dos puntos de vista invocados por el Profesor Dewey, pienso que con desgracia, el del proceso (psicológico) y el del contenido (sociológico), — mucho mejor sería subjetivo y objetivo, porque «el contenido es realmente psicológico, — no solo los admito yo, sino que la gran división de mi obra, en Libro I y Libro II respectivamente, está basada sobre ellos (dejando á un lado los cambios intencionales en ciertos capítulos. Cuando el Profesor Dewey pregunta (pág. 400), por «una derivación psicológica de los conceptos de la personalidad consciente, etcétera», desde el punto de vista del «contenido», cargándome la omisión, no entiendo cómo esto sea posible. Si quiere decir una derivación *sociológica*, esto es, antropológica, esto lo he dejado de hacer expresamente por falta de competencia; y no es necesario, puesto que yo he dicho con suficiente claridad que busco luz para la sociedad en el desarrollo *psicológico* del individuo. Me restaría, si yo fuese capaz de ello, investigar si la «dialéctica del desenvolvimiento social», que yo encuentro análoga y provocada por la «dialéctica del desenvolvimiento personal», ha sido realmente el método de la evolución sociológica. (La distinción entre estos puntos de vista se ha hecho en el nuevo capítulo XIII sobre la Imitación, bajo los nombres de imitación «social» ú objetiva y «psíquica» ó subjetiva respectivamente).

viduo», está también erróneamente interpretado. Yo digo al discutir el egoísmo infantil, de ninguna manera al discutir la acción reflexiva del adulto, «que el niño debe desarrollarse hasta llegar á ser un individuo; que esto es en todo caso obligatorio para él; que el grado mayor que ha de alcanzar en el camino para ser un individuo social, bueno ó sabio, depende de esta primera suposición». Esto quiere decir, que es esencial que el niño sepa cómo ha de obrar defensiva y ofensivamente para vivir, — que lo más importante para su carrera social futura es que viva. Por eso está provisto de las reacciones orgánicas espontáneas para una acción personal cuasi egoísta. Pero el Pr. Dewey ha entendido que esto significa que hay un individuo maduro que no es social, y que, por consiguiente, necesita hacerse social de alguna manera. Por el contrario, el niño de que yo hablaba no es una persona, ni un individuo; digo claramente que su conciencia del yo no está todavía formada. Debo confesar que esta interpretación de mis páginas me parece muy chocante (1).

Tampoco es cierto que yo haya «postulado inconscientemente» la sociedad (pág. 401). La postulo expresa y conscientemente en el sentido antropológico ó social, y digo que todo individuo, en el grado correspondiente á su madurez, refleja una sociedad de individuos semejantes á él; toda ciencia genética tiene que proceder de este modo, como después explico más extensamente. Cuando M. Dewey dice: «si no fuera por esta suposición inconsciente, tendríamos una teoría absolutamente individual numérica», estoy conforme, excepto en decir «suposición consciente y necesaria». Las cosas no se desarrollan por saltos, sino á partir de grados anteriores; sin embargo, cuando el Pr. Dewey me atribuye la opinión

(1) También en la pág. 403 dice: «Leemos sencillamente que hay un individuo que no es social», afirmación que ni se hace ni se da á entender en la cita (pág. 402), de la cual el Pr. Dewey la deduce, ni en ninguna otra parte de mi libro. Los individuos antisociales, criminales y locos, están expresamente excluidos.